

# EL CHOPO CABECERO

Jesús Calvo Betés | Pilar Orna Almarza

*Pilar Orna*  
*Septiembre 2017*





***Consejo de  
Protección de  
la Naturaleza  
de Aragón***

© Del texto: Jesús Calvo Betés

© De las ilustraciones: Pilar Orna Almarza

Edita: Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón

Edificio Maristas

Plaza San Pedro Nolasco, nº 7, 3ª planta

50071 Zaragoza

Teléfono 976 71 32 43

[cpn@aragon.es](mailto:cpn@aragon.es)

Diseño y maquetación: Publicomp

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin permiso previo del editor.



# **EL CHOPO CABECERO**

Texto: Jesús Calvo Betés

Ilustraciones: Pilar Orna Almarza









tenemos el día soleado, tranquilo. Percibo la voz susurrante de mis compañeros de arboleda, las palabras musitadas por sus hojas oscilando con el viento. La música la pone el arroyo con sus aguas deslizándose entre nuestras raíces y las piedras. Quizás hoy se acerque por este prado que nos sustenta el pastor con su rebaño, el tío Paco, el padre de la Sobrevilla. Su voz tranquila y sus silbidos dirigidos a las reses, con el balido grave de las ovejas y el agudo de los corderos se sumará al rumor continuo del arroyo y al parloteo de mis vecinos.

De unos años a esta parte nos visitáis los “amigos del chopo cabecero”. Hoy os veo sin prisa y dispuestos a pasar un día amigable, así que, si me lo permitís, os voy a contar algo de mi vida. Advierto que ya tengo unos cuantos años y lo que cuento se remonta hacia atrás en el tiempo, cuando los lugareños nos aprovechaban para usos varios. Ahora nos dejan vivir, simplemente, y adornar con brillante color amarillo las riberas de los ríos en otoño. Empecé, como antes lo hicieron mis padres y mis abuelos, con una diminuta semilla envuelta en algodones, esas guedejas blancas que el viento lleva de acá para allá y acaban sujetas por una mata o un arbusto del suelo. La humedad de la tierra hizo que de la semilla brotara yo con una incipiente raíz y un finísimo tallo de apenas dos hojas. La poquita reserva de alimento de la semilla me bastó en estos inicios hasta que mi raíz fue creciendo y ahondando para extraer minerales y nutrientes de la tierra con los que mi tallo y las nuevas hojas que surgían fueron creciendo. El primer año ya conseguí ser una vara con lustrosas y verdes hojas que exhibía la flexibilidad de su juventud frente a los embates del viento. Tuve suerte y superé esta primera etapa sin que ninguna cabra o animal ramoneador truncara la extremidad creciente de mi ser todavía endeble. La suerte continuó y pude llegar al otoño, amarillaron y cayeron las primeras hojas de mi vida y descansé de mi afán de crecimiento hasta que pasaron los gélidos vientos del invierno.



Desperté de mi sueño cuando los rayos solares que me llegaban empezaron a ser tibios y anunciaban que el invierno se iba retirando. Todas mis células empezaron a activarse y la savia reanudó su ascensión con brío para que a lo largo y alto de mi espigado cuerpo surgieran nuevos brotes y nuevas hojas. El estirón de este mi segundo año de vida sería mayor que el primero. El próximo otoño sería más fuerte y alto para resistir el posible descalabro de cualquier depredador herbívoro. Así pasaron varios años en los que mi cuerpo fue engrosándose y en las horquillas de mis flexibles ramas ya pudo anidar algún ave. Es verdad que los que tenemos la suerte de vivir cerca del agua crecemos más deprisa que los adustos árboles del secano, encinas, pinos y sabinas, que dependen exclusivamente del agua que cae del cielo, pero aun contando con esa suerte, todo lleva su tiempo. Relativamente pronto fui un chopo adulto. Entonces, Pedro José, el labrador de cuya tierra me sustento, pensó que, al final del verano, antes de que mis hojas perdieran su verdor, habría que despojarme de mis ramas y mi cuerpo quedaría reducido a un poste con muñones. Escamonda le llaman a esta operación, aunque aquí, en Ejulve, siempre se ha dicho “esporgar los chopos”. Estas varas que me amputan no son inútiles: sus hojas verdes, una vez secas, alimentarán a las ovejas en el establo y los palos arderán en el hogar para calentar a una familia o se utilizarán como hiladores en el huerto por donde treparán las matas de judía.

La operación se repite todos los años, o casi todos. Las varas que brotan en torno a mi eje son podadas anualmente y yo soy un individuo espigado con muchos y flexibles brazos a lo alto de todo mi cuerpo. Mi vida es plena creando nuevas varas de la herida donde amputaron las anteriores. Contribuyo así con mis compañeros en dar frondosidad a la arboleda y respondo al viento con el rumor de mis hojas. Cierto es que mi savia se ha de emplear en hacer brotar nuevas varas cada año,

pero como éstas no llegan a formar ramas gruesas debido a la poda anual, me queda un superávit de energía que puedo aplicar a engrosar mi cuerpo más y más. Llega a ser así una robusta columna que sostiene al esporgador. Este hábil escalador trepa por ella al final de cada verano apoyándose en mis protuberancias laterales, esos nudos formados por la suma de los escuetos muñones que año tras año van dejando mis varas cercenadas. Yo presto gustoso al esporgador estos peldaños, como si pusiera una mano aquí y otra más arriba para aupar su pie en el ascenso. Y permito que sus manos se agarren a la base de mis flexibles ramas hasta alcanzar la cima. Aquí toma la estraleta que cuelga de su cinto y va cortando mis varas con certeros golpes de su agudo filo. La plataforma de ramas verdes que va formándose en lo alto, como un enorme nido de cigüeñas, no tarda en caer porque ceden las ramas inferiores que la sustentan. En el suelo alguien se encarga de replegarlas en gavillos que se secan de pie, durante unos días, antes de que se retiren al pajar para alimentar al ganado en el invierno. Esta es parte de la utilidad que presto al labrador. El, Pedro José, no se atreve a trepar por mi tronco porque tiene vértigo y yo he alcanzado una altura muy respetable. Cada temporada se encarga de avisar a Aurelio del Puente el Vado o a alguien de Pitarque para que cumpla la tarea de esporgarme o escamondarme, como decís los amigos que me visitáis y sois muy versados en letras.

Así pasaron muchos inviernos. Aguantando ventiscas y vendavales me hice mayor. Despojado cada temporada de todas mis hojas y de mis varas que no habían llegado a cumplir tres estaciones de vida, con la savia adormecida en el caparazón mineral de mi tronco y mis raíces, pude aguantar fuertes y prolongadas heladas. Con mis compañeros formamos un ejército de estípites, queriendo sostener el cielo y vigilando perpetuamente el discurrir del río. Cada primavera me creció





Pilar Cruz  
Septiembre 2017



una fronda renovada y agité mis múltiples brazos al viento. Añadí el rumor de mis hojas a la conversación vegetal de la chopera y di cobijo en las noches a multitud de pájaros. Alimenté con mis hojas al ganado durante muchos inviernos. Sí, sí, me hice muy robusto, pero también mayor. De seguir así pronto empezaría el declive de mi vida. Puede que después de la poda anual ya no brotaran varas tan fuertes y abundantes como antes. Entonces mi amo, el labrador, pensó que había llegado el momento de talarme, no a ras de suelo, sino a unos tres metros de altura. Esto no suponía mi final, al contrario, era mi revitalización. Dicen que en otros lugares convierten a los chopos en cabeceros ya de jóvenes. Ahora empezaba mi vida como chopo cabecero. Esto me ha dado fama y periódicamente tengo el placer de recibiros a vosotros, los amigos del chopo cabecero. Así que, con vuestro permiso, voy a seguir contándoos mi historia.

Tengo la robustez y la altura suficiente para miraros a vosotros, los humanos, no con prepotencia, sino con paternal complacencia y con orgullo por la deferencia que mostráis con vuestra visita. Desprendida la mayor parte de mi cuerpo, esa gruesa y alta columna de unos 20 metros que llegué a tener, ahora con solo 3 sobre el suelo, en la siguiente primavera lucí una espléndida cabellera de verdes y vigorosas varas. Las dejaron crecer hasta que el otoño estuvo a punto de asomar. Entonces el esporgador hizo de esquilador. Tuvo fácil acceder a mi testa no excesivamente alta y con su herramienta habitual, la ligera estraleta de mano, fue cortando mi nutrido penacho de varas. Pero no cortó todas, me dejó seis, las que más vigorosas le parecieron y con una separación conveniente entre ellas. A alguno de mis compañeros le dejaron hasta ocho. Así pasé aquel invierno, el primero en ser un chopo trasmucho, con los seis testigos de lo que había sido mi nutrida cabellera desprovistos también de sus hojas que arrastró el viento. Pasados los fríos más rigurosos enseguida se





*P. L. 17*

*Septembre 2017.*

activaron las yemas de mi pelado “cuero cabelludo” y de mis seis ramitas. Pronto les irían creciendo compañeras estrechamente juntas y yo volvería a tener mi testa cubierta. A lo largo del verano todas crecieron y crecieron, pero las seis primeras llevaban ventaja. Cuando llegó la poda otoñal todas las varas del año se cortaron y aquellas seis anteriores quedaron enhiestas, incluso se las liberó de alguna ramilla lateral que les había brotado. A la temporada siguiente destacaron notablemente de sus hermanas de corta edad. La operación se repitió cada año, a lo sumo dos en alguna ocasión, de modo que las seis varas privilegiadas libradas de la tala crecieron mucho, se hicieron tan altas como yo fui al principio, padre de todas ellas. A lo largo de todos estos años mi cuerpo trasmochado fue acumulando madera tanto en el tronco como en la cabeza, pues en esta se iban acumulando los exiguos restos de la poda anual de cada vara, y a mi organismo le sobraba energía para ir acumulando lignina. Diríase que el conjunto de mi pie y mi cabeza se asemeja a una ciclópea maza. Se fijaron sobre todo en mi enorme cabeza, de ahí que siempre me hayan llamado “chopo cabecero”.

Ahí me tenéis, este soy yo. A estas hijas mías que veis tan altas sobre mi cabeza las denominan “latas”. Ya tienen un grosor y una altura considerables, puede que se hagan de 15 o 20 metros. Con el agua que no nos falta y el suelo que se ha enriquecido durante milenios han crecido rápido. Pronto pensará nuestro amo, el labrador, que podrán ser útiles para aguantar el tejado de un pajar, de una caseta en el campo o, incluso, de la nueva casa que empiece a construir un vecino. Sospecho que no tardarán en ser taladas estas hijas a las que he dado robustez y altura. Así será. Pero mi historia no acaba aquí. Solo es el inicio de una nueva etapa. Las latas se talarán y su cuerpo mineral, desprovisto de vida, cumplirá su función. Y yo, chopo cabecero, quedaré aquí vigilando el arroyo, acumulando madera y dando vida a nuevas latas que crecerán como las anteriores. Crecerán tan-







to que el esporgador tendrá que trepar por ellas al final de cada temporada para librarlas de sus varas laterales, como lo hacía cuando yo era una columna elevada y sola. Tendrá que hacerlo con precaución, sobre todo durante los primeros años de la lata, pues puede que no tenga la robustez suficiente para aguantar su peso. Tal vez tenga que servirse del podón, que con su mango largo y su hoja curva y afilada alcanzará y cortará las ramillas más distantes.

No me hago ilusiones. Esta sucesión de ciclos engendrando latas no puede ser indefinida, eterna. Veo algún vecino mío que ya tiene un lado de su añoso tronco muerto. Durante días hemos estado oyendo al pájaro carpintero, el pico, su repiqueteo machacón sobre la madera muerta. Se habrá dado buenos atracones de larvas a falta de abejas que comer. Hizo un agujero redondo por donde se metía todo él dentro. Luego vendrá la lechuza y hará su nido en este hueco. En todos nuestros troncos cabeceros tendrá buenas atalayas desde las que otear a los topos y ratones que deambulen entre la hierba y la hojarasca. A aquel otro vecino de más allá ya solo le queda una rama verde que nadie se ha molestado en cortar. De su tronco, casi todo él madera muerta, crecen apretados grupos de setas de chopo que algún paseante recoge en ocasiones. En el tronco de algún árbol muerto o decrépito, y a veces en los que aun gozamos de buena salud, podéis ver el hongo yesquero o pan de pizarra, como lo llaman algunos, con forma de casco de caballo, de gran tamaño y duro por el exterior. Los hombres prehistóricos lo usaron para encender fuego y llevarlo sin apagarse en sus desplazamientos, pues arde en modo latente durante mucho tiempo. Todos los que formamos la chopera hemos soportado muchas heladas, nevadas y vendavales. Nuestros troncos han soportado riadas sin cuento y hemos frenado el ímpetu de sus aguas embravecidas. También hemos visto renovarse el verdor de nuestro alfombrado suelo cada primavera y salpicarse





Pilar Orta  
September 2017



de flores de múltiples colores. Y el canto de urracas, cardelinas y jilgueros nos ha acompañado durante toda la vida.

Pero todo esto pasará. Lo veo en mis vecinos. Sobre su testero, a fuerza de ir cortando sus latas repetidas veces, va formándose una concavidad donde se acumula el agua y las hojas muertas, en la que viven multitud de microorganismos, incluso plantas. Si allí arraiga la yedra puede ser el principio del fin, pues las raicillas con las que se aferra van apropiándose de la savia del árbol que la cobija. Mientras tanto mi amo, Pedro José, me ha tratado bien. Disfruto del apacible paso del ganado y su pastor. Disfruto, disfrutamos todos los que formamos la arboleda, de las visitas con que nos regaláis los amigos, escucho vuestras noticias y las que me trae el viento. Gracias a tantos como vosotros se da a conocer la infinidad de regueros arbolados que recorren toda nuestra Iberia. Aquí, en las frías sierras turolenses, tenemos abundantes y espléndidas muestras. Son corredores fluviales permanentemente escoltados por los chopos cabeceros. Somos álamos o chopos negros. De la especie *Populus nigra*, decís vosotros, tan estudiosos. Tanto os habéis interesado por nosotros que habéis conseguido que el chopo cabecero del Remolinar de Aguilar de Alfambra quedara en el tercer puesto del *ranking* de árboles europeos. Paralelamente a esta iniciativa sobre el chopo habéis, o han, desarrollado otras para que se conozcan árboles singulares esparcidos por nuestros campos y ciudades. Todo redundará, en definitiva, en un mejor conocimiento y un mayor amor a los árboles en general.

El viento me trajo, hace algunos años, noticias no tan halagüeñas sobre nuestra especie. Supe que, en el alto Guadalope, en Miravete de la Sierra, se talaron rasos muchos chopos cabeceros de un porte formidable, sin duda centenarios ¿Cuál fue la razón? ¿Qué pensaría el río al verse huérfano de





Alec Owe  
September 2017

sus ancestrales compañeros? Hoy, con la multitud de amigos que nos apreciáis, no pasaría lo mismo. Quizás no prestemos la utilidad que antaño dimos a una población aferrada a la tierra para sobrevivir, pero el valor paisajístico que ofrecemos, en mi modesta opinión, sin olvidar la contribución ecológica al sostenimiento de la fauna, no debe despreciarse. Y como testimonio de una cultura, aunque pueda parecer mi opinión parcial, yo, como chopo negro entre muchos, creo que debemos ser tenidos en consideración para que la memoria de esa cultura perdure.

También me han llegado, por el aire o por vosotros, no sé, noticias de los “ents”, esos árboles gigantes y misteriosos, capaces de trasladarse a través del bosque y cruzar los montes, de sentimientos nobles y humanitarios, dispuestos a ayudar a otros seres no menos misteriosos, los “hobbits”, en sus causas justas a favor del bien y contra el mal. Pero estas me parecen historias fantásticas, aunque no banales, porque el mundo de los bosques y de los árboles está muy ligado a la fantasía, a la imaginación ¿Qué sería del mundo sin fantasía? El conocimiento de la realidad junto con la fantasía y la imaginación pueden darse la mano y contribuir al crecimiento del amor por el mundo natural.

Os agradezco a todos los de Ejulve y de otros lugares distantes que, en esta fiesta del chopo cabecero, os habéis acercado hasta nosotros, este pequeño grupo de chopos de la fuente el Número, en la ribera del Guadalopillo, para pasar el día amigablemente. Con amabilidad habéis escuchado la historia de mi vida, de nuestras vidas de chopos cabeceros. Pilar, sé que has estado dibujando apuntes de la parte baja del pueblo y su riachuelo, del cabezo Budo y del de Santa Ana. Me gustaría verlos cuando los tengas más trabajados en tu estudio. Gracias a todos los que nos acompañáis hoy. Aquí nos tendréis cuando queráis. Hasta siempre.





*Consejo de  
Protección de  
la Naturaleza  
de Aragón*